

ÁRBOLES PARA UNA CAPITAL

ÁRBOLES EN EL MADRID DE
LA ILUSTRACIÓN



DANIEL CRESPO
DELGADO



ÁRBOLES PARA UNA CAPITAL.
ÁRBOLES EN EL MADRID
DE LA ILUSTRACIÓN



Desde su creación, ahora hace ya 25 años, la Fundación Juanelo Turriano ha promovido la realización y difusión de estudios innovadores en el ámbito de la historia de la ciencia, la técnica o la ingeniería. Su amplio catálogo de publicaciones y su trayectoria de activo apoyo a la investigación así lo revela. Por ello se felicita por la presentación de este libro que arroja luz sobre un aspecto no suficientemente conocido y que cabe relacionar estrechamente con una definición del territorio, característica de la Ilustración, que enmarca el desarrollo de aspectos claves de la ingeniería moderna y de ciertas ciencias.

Partiendo de documentación en gran parte inédita, en estas páginas se analizan los intentos de verdear el entorno de Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII. Madrid preocupó de manera especial a los ilustrados. La intención de crear una capital moderna, que estuviese a la altura de otras grandes ciudades, es algo conocido. Pero lo es menos la voluntad de transformar su territorio, definido como árido y desamueblado, en uno frondoso y abundante. Con ello, la capital no sólo conseguiría prestigio y un entorno mejor adaptado a sus necesidades, sino que se confió en que el cambio de su paisaje podría ser un estímulo para otras regiones del país.

En esta empresa que recorre los reinados de Carlos III y Carlos IV, se encontraron personajes e instituciones culturales, políticas y científicas claves del momento. Se acumularon proyectos, leyes, estudios, libros, viajes, artículos en la prensa o premios. Se arguyeron motivaciones económicas, sociales, ambientales y simbólicas para multiplicar las arboledas alrededor de Madrid. Si bien estas iniciativas no siempre llegaron a buen puerto, el legado de ideas y propuestas es inmenso y estimulante. Ante todo la pretensión ilustrada de modelar un paisaje, del que lo verde pasó a ser un rasgo necesario, que fuese adecuado escenario para el desarrollo de la sociedad. La Ilustración se dio con entusiasmo a la tarea de conseguir un territorio propicio para la felicidad – un término muy común en la época – de los hombres. A quien se lance a través de las páginas que aquí siguen no le resultarán ajenas las iniciativas o los principios que se discuten. Es más, seguramente hallará en ellas elementos de reflexión para entender mejor el origen y la naturaleza de debates contemporáneos.

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

Madrid bajo los Borbones. La construcción de una capital	15
---	----

ÁRBOLES PARA UN PAÍS Y PARA UNA CAPITAL. RAZONES DE UNA PREOCUPACIÓN

La deforestación de España	31
Navíos y carbón	35
Desarrollo de la agricultura y la anhelada belleza de lo verde	47
Árboles y capital	61

LIBROS, LEYES Y MODELOS PARA LOS ÁRBOLES DE MADRID

De la imposición a la libertad. La insuficiencia de las leyes	73
El caso de Madrid	88
Premios para la plantación de árboles	106
<i>...en España los que labran no leen y los que leen no labran</i>	120
De una noble aristócrata a un modesto párroco	136
La Pradera del Corregidor. Un Ayuntamiento empeñado	150

CONCLUSIÓN

Causas de un ¿fracaso?	159
Bibliografía	165

ABREVIATURAS

A.C.: Archivo Campomanes, Madrid.

A.H.N.: Archivo Histórico Nacional.

A.V.: Archivo de Villa, Madrid.

A.R.S.E.M.: Archivo de la Real Sociedad Económica Matritense

B.N.: Biblioteca Nacional de España

Madrid bajo los Borbones. La construcción de una capital

La historia urbanística, territorial y monumental de una capital es siempre sugestiva. Su habitual desarrollo demográfico y económico convierte su entramado en escenario de interesantes fenómenos, si no particulares al menos característicos. Además, la capital, en tanto que punto de referencia de toda una comunidad política y sede del poder, asume una destacada proyección simbólica. La capital es una ciudad recorrida y examinada. Consciente de su relevancia, todo un país la observa, y no sólo desde la distancia. Epicentro de mercedes y prerrogativas, a ella acuden numerosos ciudadanos y extranjeros por negocios, política o mera curiosidad. Sobre ella se proyectarán muchas veces los prejuicios o las simpatías sentidas hacia todo un país. De ahí el denso significado de sus lugares y de su propio hecho urbano. Uno de los protagonistas principales de estas páginas, el valenciano Antonio Ponz, afirmó que así como los vicios eran más visibles en las personas distinguidas, de la misma suerte causaban mayor descrédito las obras disparatadas en las cortes; «y por consiguiente, merecen otra censura que si estuviesen en pueblos pequeños o poco conocidos».¹

Que una capital debía presentar un aspecto y unos equipamientos a la altura de su importancia es un pensamiento recurrente en toda la Edad Moderna. Las citas acumulables desde el inicio de la literatura artística serían

¹ PONZ 1772-1794: V (1776, 1782, 1793), Prólogo, X.

innumerables. Nadie ha dudado que los edificios y las intervenciones capitalinas poseen una carga emblemática enorme. De ahí que a veces se inscriban con problemas en la trama cotidiana de la ciudad, proyectándose hacia el espacio de lo simbólico y lo representativo que, aun no siendo exclusivo ya que muchas ciudades son centro de un espacio más limitado al de la capital de un país, es intrínseco a ella y, de algún modo, a ella pertenece.

Como era de esperar, Madrid, desde su elección como capital, fue escenario de intervenciones importantes. En los siglos XVI y XVII se llevaron a cabo obras de gran relevancia que supusieron la definitiva superación de los límites medievales de la ciudad, las primeras directrices para sus progresivos ensanches o la construcción de espacios y monumentos emblemáticos.² Madrid como capital empezó a ser, y no sólo desde un punto de vista administrativo, bajo los Austrias.

No obstante, gran parte de la historiografía ha venido recalcando la relevancia de las obras ejecutadas en el siglo XVIII por la recién instaurada dinastía borbónica.³ Se erigieron nuevos edificios de enjundia, entradas monumentales, paseos arbolados; se crearon instituciones culturales y científicas; las calles se pavimentaron, se iluminaron y se limpiaron. El Madrid dieciochesco vivió una intensidad constructiva inédita. Se ha dicho que los Borbones carecieron de un plan general sobre la ciudad, pero que aun así sus intervenciones, definidas en algún caso como periféricas, supusieron cambios destacados, al menos en su apariencia externa.⁴

Los contemporáneos fueron todavía más optimistas y transmitieron la impresión de una transformación profunda. El marqués de San Leonardo, caballero de Carlos III, en una carta privada fechada en febrero de 1764, tras elogiar la reciente limpieza e iluminación de las calles de Madrid, los paseos arbolados y los caminos a los Sitios Reales y a algunas poblaciones del entorno, escribió a su interlocutor que los cambios eran tantos que «no conoces ya a Madrid». El marqués no sólo se alegró del aspecto renovado

² BARBEITO 1992; TOVAR 1998; TOVAR 1999; ESCOBAR 2008.

³ Para Alberto Humanes, si bien desde el momento mismo de la elección de Madrid como capital surgieron proyectos para engrandecer y ennoblecer la ciudad, fue con la llegada de los Borbones cuando cristalizó el deseo de «transformar Madrid desde el extenso poblado que era hasta convertirlo en una hermosa ciudad a la altura de las grandes capitales de las cortes europeas» (HUMANES 1986: 14).

⁴ GARCÍA 1980; MURO y RIVAS 1984; HUMANES 1986; EZQUIAGA 1988. Para la historia de la trama urbana del Madrid dieciochesco véanse, entre otros, los estudios de Carlos Sambricio; SAMBRICIO 1991; SAMBRICIO 1999; RODRÍGUEZ y SAMBRICIO 1998.

de la ciudad, interpretándolo como un signo de la apertura de una nueva época para el país, una época en que se acometían obras antes pospuestas o frustradas: «¡Ah, qué tiempos estos distintos de los pasados! Antes todo era conversación, ahora todo son realidades».⁵

Fuesen tiempos tan distintos de los pasados o no, resulta interesante la idea lanzada por Antonio Lafuente afirmando que más allá de las intervenciones concretas, con los Borbones se produjo un cambio en la manera misma de concebir la capital y las actuaciones de la Corona en ella. Para este autor, la ciudad deviene asunto del monarca, el Sitio Real ya no se limita a palacio, ni la ciudad es simplemente el espacio ocupado por la servidumbre. Ahora, Villa y Corte, capital y monarquía, tenderán a fundirse en una misma realidad, espacial y simbólica.⁶ Las diferencias, pues, respecto a otros momentos, no se reducían a una cuestión meramente cuantitativa, de acumulación de más o menos obras. Una nueva concepción de lo que era la capital y la proyección del poder en ella parecían estar fraguándose en el siglo XVIII. Su relación resultaba ahora más estrecha e interdependiente. Incluso se ha señalado el surgimiento de una primera aproximación a una idea global de ornato urbano por parte del gobierno que conduciría, entre otras consecuencias, a la pretensión de un control de la forma y aspecto de la ciudad.⁷ No casualmente, el monarca concedió a la Academia de Bellas Artes de San Fernando, una institución bajo su poder, la capacidad de supervisión de la edificación en la capital y en el conjunto del país.⁸ Desde distintos puntos de vista, la capital del reino, bajo los Borbones, fue objeto de nuevas atenciones.

Las motivaciones de las intervenciones que se sucedieron en la Villa y Corte durante el siglo XVIII tuvieron causas muy diversas. Madrid arrasaba ciertas carencias desde que se convirtió en capital en 1561. Si bien

⁵ Citado en CEPEDA 1966: 225.

⁶ LAFUENTE 1996: 171. Francisco José Marín manifiesta una idea similar: «...con el siglo XVIII, aun manteniéndose la residencia real como núcleo de la Corte, se desarrolla la capital del Estado con una función similar. La pretendida monumentalidad y teatralidad organizada en torno al palacio se traspasa a la ciudad con una intencionalidad triple: de cara a la nación, como muestra del auge de las reformas, subrayando el concepto de utilidad pública; de cara a los otros príncipes, para recalcar la grandeza del monarca; pero, sobre todo, de cara al pueblo. En la misma línea, la arquitectura es la cara amable que el despotismo presenta al pueblo como símbolo de la reforma, pero a la vez, un imponente signo de fuerza. Por otra parte, esa pretendida utilidad pública es la otra fórmula de legitimación del régimen» (MARÍN 1988: 126).

⁷ EZQUIAGA 1988.

⁸ NAVASCUÉS 1975; BEDAT 1989; GARCÍA MELERO 1996.

desde principios del siglo XVI se elogió su ubicación y la pureza de su aire, no tardaron en multiplicarse las denuncias sobre su suciedad y su insoportable hedor. Se tomaron medidas por parte de las autoridades para atajar este problema, pero todas fallaron. Felipe II consideró la limpieza de Madrid una de las tres cosas que durante su reinado no había podido remediar.⁹ Seguramente fueron muchas más, pero ésta fue una de ellas. Durante toda la Edad Moderna se fueron acumulando los comentarios de viajeros, literatos o meros ciudadanos quejándose de la deplorable situación de las infraestructuras higiénicas de Madrid. Hasta Carlos III perduraron las quejas.¹⁰ En su *Madrid por dentro* (1745) el marqués de San Andrés escribió que «para explicar esta inmensa porquería, este horror, este ateísmo, ni tiene voces excesivas nuestro idioma, ni el mayor cochino podrá formar idea de lo que es».¹¹

Pero el Madrid que se encontraron los Borbones no sólo no relucía por su falta de limpieza y aseo. Antonio Ponz dedicó el tomo VI de su *Viage de España* (1772-1794) a la descripción de Madrid, centrándose de manera especial en sus monumentos artísticos. Ya en su prólogo se mostró muy crítico con las carencias urbanísticas y monumentales de la capital. Llegó a afirmar que «el tocar todo lo malo sería un trabajo sin fin». Prácticamente ninguno de sus templos presentaba una arquitectura seria y modélica; faltaban palacios de noble hechura; aunque sus calles eran por lo general anchas, desahogadas y largas, la ciudad había crecido sin plan previo, la trama urbana era caótica y faltaban plazas regulares. Resulta reveladora su comparación con el urbanismo que los mismos españoles ensayaron en sus colonias de ultramar en fechas similares a las que Madrid se convertía en capital: la simetría ensayada allí, faltaba aquí. Algunos años antes de tan duras palabras, en 1746, el marqués de Uztáriz se quejó del descontrol que existía en la construcción de la capital, donde «cada uno labra a su gusto, sin la menor atención a la hermosura del pueblo». De ahí nacía la poca uniformidad de los edificios, su desigualdad y fealdad.¹² Esta

⁹ ALVAR 1985: 63, nota 183.

¹⁰ Testimonios de viajeros o literatos sobre el Madrid moderno en: SHAW 1966; EZQUERRA 1978; ALVAR 1990; MARÍN TOVAR 1997. Los graves problemas de limpieza de la capital hasta Carlos III han sido analizados en: SANZ y MERINO 1976; VERDÚ 1987; CERVERA 1988; CERVERA 1989 y, sobre todo, en BLASCO ESQUIVIAS 1998.

¹¹ HOYO 1983: 166.

¹² Citado en BLASCO ESQUIVIAS 2002: 72.

impresión tan negativa no se circunscribía a círculos intelectuales. No parece que los propios reyes gustasen de su Corte. Tras su llegada desde Nápoles en 1759 para suceder a Fernando VI, Carlos III mostró su disgusto por su aspecto, calificándola en su correspondencia privada con el partenopeo ministro Tanucci de «burgata africana».¹³ Que duda cabe que tales carencias, sentidas incluso por los monarcas, fueron un importante acicate para intervenir en la capital.

Otro móvil podría encontrarse en la voluntad de los Borbones en presentarse como los regeneradores del reino. Desde su instalación en el trono español a principios del siglo XVIII, pretendieron convencer a propios y extraños que bajo su égida España estaba recuperándose de la profunda crisis arrastrada desde el siglo XVII. Ponz advirtió a quien se extrañase de que en Madrid no se hallasen tantos monumentos como en algunas cortes de príncipes mucho menos poderosos, debía reflexionar sobre la decadencia de la nación en el siglo pasado. Los lamentos sobre la crisis del XVII fueron casi tan numerosos como las declaraciones cantando los nuevos horizontes abiertos con la llegada de los Borbones. No podía ser de otra manera: destacar la decadencia vivida con los últimos Austrias suponía un mayor espacio para el elogio de la nueva dinastía. Fueron muchos los que exaltaron el nuevo ser que las ciencias, las comunicaciones, las bellas artes, la literatura, el comercio, la economía, etc. estaban tomando en España en el nuevo siglo.

Muchas de las declaraciones que identificaban el arribo de los Borbones con la recuperación del país eran demasiado optimistas e incluso, en alguna ocasión, poco más que mera propaganda. Al gobierno no le pasó por alto que la propia capital resultaba un escenario perfecto para mostrar el nuevo rumbo que presuntamente estaba tomando el reino. La Corte podía proclamar el recuperado vigor, la puesta al día de la ciencia y el saber, la asunción de las nuevas estéticas o la preocupación de la Corona por el bien público, es decir, todos aquellos valores que habían pasado a enjuiciar la actuación de los gobernantes y con los que éstos deseaban presentarse ante los extranjeros y los vasallos propios. Ciertas intervenciones en el Madrid del XVIII tuvieron tal aspiración representativa. Un ejemplo: el conde de Floridablanca, secretario de Estado entre

¹³ Citado en RODRÍGUEZ y SAMBRICIO 1998: 167.

1777 y 1792, obsesionado por aparecer como un ministro eficaz e ilustrado, impulsó la construcción de un soberbio edificio en el paseo del Prado destinado a albergar instituciones de nueva planta como una Academia de Ciencias y otras ya existentes como el Gabinete de Historia Natural o el Laboratorio de Química. Estas instituciones debían proporcionar un nutrido número de ideas y proyectos con los que desarrollar el país. Pero no menos debían mostrar la equivocación de quienes acusaban a España de permanecer al margen del adelanto de las Luces y de no contribuir al ensanchamiento del conocimiento científico. Su carga propagandística era, por tanto, clara. De ahí la insistencia de Floridablanca en la importancia tanto del contenido como del contenedor. De hecho, el edificio levantado, no otro que el Museo del Prado trazado por el arquitecto Juan de Villanueva, fue el proyecto de mayor envergadura acometido en la capital en las dos últimas décadas del siglo. Se interpretó como el broche que culminaba toda una época de cambios en la ciudad. Que el Prado no se finalizase hasta el siglo XIX, las críticas a su coste y que nunca llegase a acoger las instituciones científicas para las que se fundó, puede resultar significativo de las carencias y paradojas de las intervenciones borbónicas en la capital.¹⁴

Los estudiosos actuales han recalcado las actuaciones realizadas en Madrid durante los gobiernos de Felipe V y Fernando VI.¹⁵ Pero Carlos III ha sido el rey que tradicionalmente ha acaudalado los parabienes de la transformación dieciochesca de la capital. No por otra razón se le ha acuñado aquello de Alcalde de Madrid, si bien tal consideración hunde sus raíces en su reinado. El banquero y político Francisco Cabarrús trazó un perfil ilustrado de su gobierno en su *Elogio a Carlos III* (1789), leído en la Sociedad Económica Matritense. Según Cabarrús, el rey, preocupado por el bien público y la felicidad de los súbditos, adoptó medidas modélicas como la liberalización del comercio de granos o la expulsión de los jesuitas, promovió las ciencias, las comunicaciones, las artes o las obras públicas. Entre tamaños elogios a su acción de gobierno incluyó su atención a Madrid. Transcribamos las palabras

¹⁴ LAFUENTE 1998; LAFUENTE y VALVERDE 2003; CRESPO 2006. La historia constructiva del Museo se encuentra detallada con rigor en: MOLEÓN 1996; MOLEÓN, 2011.

¹⁵ Ver, por ejemplo: RODRÍGUEZ y SAMBRICIO 1998; BLASCO ESQUIVIAS 2002.

de Cabarrús ya que desvelan las causas que a su entender motivaron las intervenciones capitalinas del monarca: «la capital del reino merece la especial atención de CARLOS: sabe que estos emporios del poder, de las luces y del lujo de los estados tienen la mayor influencia en las provincias, y que las reformas más útiles deben empezar por ellos, ya porque la imitación las propaga más presto, ya porque se ejecutan mejor a vista de la autoridad soberana».¹⁶

Años antes, en 1775, un autor no menos relevante en el panorama intelectual de la España ilustrada, Guillermo Bowles, afirmó que la mano benéfica de Carlos III se reconocía en todo el reino. De nuevo, entre la exaltación a los nuevos edificios realizados, a su impulso a la ciencia o al adelanto del comercio y las comunicaciones, se subrayó que «Madrid se limpia y hermosea».¹⁷

Pero tal vez el elogio contemporáneo más destacado a las obras emprendidas por Carlos III fue el aparecido en el *Viage de España* de Ponz. Como hicieron Bowles o Cabarrús, Ponz recalcó las numerosas empresas acometidas por el rey para provecho del país.¹⁸ No es nada casual esta exaltación en la pluma de Ponz, ya que a lo largo de su *Viage* presentó a los Borbones, y muy especialmente a Carlos III, como los regeneradores de la monarquía española.¹⁹ Preocupado por el aspecto de Madrid, hizo referencia a las obras impulsadas en los últimos tiempos en la capital, muchas de ellas iniciadas durante el reinado de Fernando VI. Por un lado, citó los nuevos monumentos –como la Puerta de Alcalá y la de San Vicente, la Aduana, el Hospital General o Correos– que habían logrado otorgar a la capital una majestad inédita y unos servicios de los que carecía. No menos importante, según el valenciano, había sido la fundación de instituciones como el Real Jardín Botánico o el Real Gabinete de Historia Natural, u obras que redundaban en la comodidad, el recreo y la movilidad de los habitantes de la Corte como los nuevos caminos, el canal del Manzanares o ciertos paseos arbolados en la periferia. Pero para Ponz una empresa descollaba entre todas las demás: la limpieza y aseo de Madrid. La suciedad sufrida hasta la fecha por la ciudad

¹⁶ CABARRÚS 1789: XIV.

¹⁷ BOWLES 1775.

¹⁸ PONZ 1772-1794: VI (1776, 1782, 1793), Prólogo, XXI.

¹⁹ CRESPO 2007.

la calificó de incomprensible. Tal era la situación que «no era de extrañar que el vulgo tuviese por impracticable el proyecto, oyendo que cuantas veces se había concebido, tantas se había dejado de hacer, pareciéndoles a algunos que era más fácil de fabricar de nuevo a Madrid que salir felizmente de tantas obras como se necesitaban para limpiarlo». Pero Carlos III consiguió limpiar, iluminar y enlazar las calles, realizando una empresa «reputada casi por invencible».

Esta identificación de la limpieza de Madrid con una obra invencible pero realizada se difundió entre los contemporáneos. El escritor Tomás de Iriarte la utilizó en *Los literatos en Cuaresma* (1773) como sinónimo de una empresa salda adelante a pesar de las críticas iniciales. Interpeló a sus lectores diciéndoles: «¿os acordáis de lo que era no ha muchos años esta capital del dominio español? Aquella inmundicia y hediondez ¿era tolerable en un pueblo culto? Comparadlas ahora con su limpieza y aseo... ¿No aplaudís la providencia del soberano que os la ha transformado en una cómoda y agradable mansión?».²⁰ La respuesta parecía evidente.

También el conde de Fernán Núñez, en su apologética *Vida de Carlos III*, elogió esta obra. El que fuera embajador español en París durante la Revolución Francesa fue elocuente: Carlos III, «de la Corte más puerca del mundo hizo la más limpia que se conoce». Dedicó chispeantes palabras a describir el estado de inmundicia en el que se encontraba la capital y las muchas objeciones que el monarca superó para llevar a cabo su determinación, sólo victoriosa por su firmeza y tesón, los mismos valores con los que, según el conde, dio una nueva existencia al país.²¹

Comprobamos, pues, que la limpieza de la capital adquirió un significado especial al demostrar –o al menos así lo interpretaron los propagandistas de Carlos III– que problemas hasta la fecha irresolubles, ahora, bajo la nueva dinastía, se solucionaban. Ponz escribió que así como Carlos III había conseguido limpiar Madrid, «supo desarraigar con increíble valor y constancia otro género de sordídecas envejecidas de muchos siglos a esta parte en los estados que Dios le tenía destinados». Una reforzada decisión parecía inflamar al gobierno, motivando

²⁰ IRIARTE 1927: 16.

²¹ FERNÁN NÚÑEZ: 1898, I, 150 y II, 64.

declaraciones optimistas que prometían horizontes luminosos para la capital y para el país.

Las intervenciones de Carlos III en Madrid y la publicidad que se hizo de ellas cosecharon un gran éxito. No sólo los propios españoles mostraron su entusiasmo, también lo hicieron los extranjeros. Algo bastante más llamativo por los prejuicios existentes sobre España en Europa. Aunque las opiniones divergiesen, yendo de la sorpresa y el entusiasmo de William Beckford o de Maurice Margarot le Père, hasta las muchas carencias todavía denunciadas por Robert Southey, J.F. Rehfues, Robert Semple o Henry Swinburne, prácticamente todos, incluso los últimos citados, ponderaron las obras borbónicas y en especial las carolinas.²² El Prado, la puerta de Alcalá y, ante todo, la limpieza y empedrado de la Villa y Corte merecieron el reconocimiento de los que se refirieron a ella. El irlandés Richard Twiss, por ejemplo, escribió que sus «calles estaban tan limpias como nunca las había visto, ni siquiera en las ciudades de Holanda, mientras hace diez años Madrid podría haber rivalizado con el Edimburgo de antes en cuanto a la suciedad».²³ Este contraste entre el pasado reciente y el presente también se dio en la relación de Giuseppe Baretti. En la primera redacción de su *A journey from London to Genoa through England, Portugal, Spain and France*, Baretti confesó que si bien había oído mucho sobre la suciedad de Madrid, lo consideraba una exageración. Durante su estancia, sus ojos y su nariz le convencieron de que se equivocaba: la suciedad era muy real. No obstante, en la edición definitiva de su viaje, aparecido en 1770, ya incluyó referencias a las obras de Carlos III y su conversión en una de las ciudades más limpias de Europa.²⁴ Las noticias sobre la transformación de Madrid llegaron incluso a tratadistas de la envidia de Francesco Milizia, quien en sus *Principi di architettura civile* (1781) puso a la puerta de Alcalá y los plantíos de su entorno, como ejemplo de lo que debieran ser las entradas a las ciudades.²⁵

Es indudable el cariz propagandístico de muchos de los testimonios aquí citados, en especial de los españoles. Sin embargo, sería sorprendente que dichas referencias, la mayoría contemporáneas a las actuaciones

²² SOUTHEY 1797; REHFUES 1811; SEMPLE 1807; SWINBURNE 1779.

²³ TWISS 1999: 105.

²⁴ BARETTI 1770: I, 382-3 y II, 371.

²⁵ Citado en GARCÍA 1980: 13.



Fernando Brambilla, *Vista general de Madrid tomada desde la montaña del Retiro*, 1829-1834. Patrimonio Nacional



Fernando Brambilla, *Vista general de Madrid tomada desde poniente y sur*, 1829-1834. Patrimonio Nacional



Fernando Brambilla, *Vista de la Puerta de San Vicente con parte del Palacio Real*, 1829-1834. Patrimonio Nacional



Fernando Brambilla, *Vista de una parte del Palacio Real, tomada desde la Cuesta de la Vega*, 1829-1834. Patrimonio Nacional



Fernando Brambilla, *Vista del Real Museo de Pinturas*,
1829-1834. Patrimonio Nacional



Fernando Brambilla, *Vista del Real Museo por la parte del Botánico*,
1829-1834. Patrimonio Nacional



Durante el siglo XVIII, Madrid vive uno de los capítulos más apasionantes de su historia urbanística. Se erigen monumentos emblemáticos, se abren paseos y vías de comunicación, sus calles se pavimentan, se iluminan y se limpian. Los contemporáneos hablan de un nuevo Madrid, que se desea a la altura de otras grandes capitales y que encarne la esperada regeneración del país.

Un aspecto poco conocido de estas intervenciones son los repetidos intentos de multiplicar los plantíos de árboles en el entorno de la ciudad. Reyes, eruditos, científicos, aristócratas, párrocos y campesinos, así como las principales instituciones de la Ilustración, promueven o participan en proyectos para que la periferia de Madrid se engalane de bosques y arboledas. Pretenden que su territorio árido se transforme en uno fértil y frondoso. Los motivos económicos, sociales, higiénicos, estéticos y simbólicos estarán tras esta defensa de lo verde y de su consolidación como un aspecto ineludible de las capitales y las ciudades de la modernidad.

Las aspiraciones de la Ilustración, así como la historia de Madrid, de la ciencia, el urbanismo y el territorio moderno se dan cita en estas páginas, desvelando un episodio estrechamente vinculado con nuestro presente.

DOCE  CALLES



FUNDACIÓN
JUANELO TURRIANO

